



A VUELTAS CON LOYOLA

MIGUEL PELAY OROZCO

Es cosa sabida que San Ignacio de Loyola y Don Quijote han sido emparejados por numerosos ensayistas y eruditos. Desde aquel Hércules Rasiel de Silva, que en un libro impreso en Holanda a mediados del siglo XVIII identificaba ya al héroe cervantino con nuestro aventurero de la Gloria, hasta Miguel de Unamuno, que fue a convertir esta vinculación espiritual en una de sus más famosas obras, toda una legión de escritores, profesores y críticos nos ha dado su santo y bueno sobre el parentesco entre ambos héroes.

Voltaire, nacido como se sabe, a finales del XVII, señalaba ya que en San Ignacio se daban muy acusados signos de caballero andante. El autor del Diccionario Filosófico afirmaba con su **hardiesse** un tanto corrosiva, que siguiendo la ruta de exaltación y de astucia de Loyola se podía ir a parar a la horca o a los altares.

Baroja también coincidió en el paralelismo entre el santo y el héroe, cuando afirmaba que San Ignacio era un Quijote que llegó a convertir sus sueños en realidades. Por cierto que, contra lo que mucha gente supone, en Baroja se advierte siempre un fondo de simpatía y de admiración por la figura de San Ignacio. Así, cuando un escritor inglés, pangermanista, wagneriano, racista y casi precursor del hitlerismo, Houston Stewart Chamberlain, hace la afirmación de que la frase célebre del santo vasco sobre la obediencia: «**Perinde ac cadaver**», era de procedencia vasca, Baroja rechaza la aserción, calificándola nada menos que de «tendenciosa y falsa». Conviene advertir que la sentencia de San Ignacio ha pasado a la posteridad, así, abreviada. En todo el mundo, aquí y fuera de aquí, se dice solamente: «**Perinde ac cadaver**». Incluso en los diccionarios y en las publicaciones extranjeras en las que se recogen locuciones latinas. Así, en un viejo Larousse que tengo a mano y que consulto en este momento, puede leerse: «**Perinde ac cadaver**» y a continuación viene la explicación de la frase: «**Expression par laquelle saint Ignace de Loyola, dans ses Constitutions, prescrit aux jésuites la discipline et l'obéissance à leurs supérieurs, réserve faite des cas que la conscience défend**». Este último distinguo lo conocía Baroja, porque conocía la frase latina completa. Por eso salía al paso del acre comentario de Chamberlain. «Primeramente—aclara don Pío—Loyola no dijo que había que obedecer en todo como un cadáver. Dijo: «**Perinde ac cadaver in omnibus ibi peccatum**

non cerneretur» (como un cadáver en todo aquello donde no se advierta pecado). «Esta frase—añadía don Pío—Loyola no la hubiera podido traducir del vasco sin emplear palabras de origen latino. No nació, pues, del vasco». Lo curioso es que últimamente viene ganando terreno la tesis de que no fue San Ignacio quien elaboró la frase en cuestión...

Este decimonónico pionero del nazismo, en su duro comentario sobre Loyola, califica a la raza vasca en bloque, de raza cavernaria y enemiga del progreso. Lo chocante es que, al parecer, una rabotada parecida fue puesta en circulación nada menos que por Engels, hombre, como se sabe, de tendencias acusadamente internacionalistas y muy poco dado, por tanto, a los nacionalismos. Y mucho menos aún a las posturas antisemíticas. Recordemos que su insigne y barbiespeso colaborador era judío.

De donde se inferiría que los grandes hierofantes del racismo imperialista y del socialismo internacional, sólo se pusieron de acuerdo para execrar a los primeros habitantes del continente. A los archieuropeos, que diría don Pío...

Menos mal que otro alemán por demás ilustre, Guillermo de Humboldt, admirablemente traducido y estudiado por nuestro amigo Justo Gárate, se revela como un gran simpatizante de los vascos, a quienes encuentra corteses, amables, de mucho carácter, juicio recto y, por si fuera poco, firmes y valerosos. Y esta vez el testimonio tiene mayor valor, no solamente por provenir de un sabio de renombre universal, sino porque es bien sabido que Humboldt viajó por nuestro país, lo que no nos consta que llegaran a hacerlo ni Engels ni Chamberlain.

Es importante señalar que Humboldt, que no era un turista de baedeker sino un auténtico **viajero**, vale decir, un hombre que se interesa por los pueblos que visita y que se fija en el carácter y en las costumbres de sus habitantes, estudió el euskera.

Está próximo a aparecer un libro que Tellechea Idigoras ha consagrado a la figura de San Ignacio y cuya vertiente euskérica corre a cargo de don Pedro Berrondo. Y uno, que conoce el texto de Tellechea y la valía del traductor, lo recomienda sin reservas...